

que informa el carácter del «Sigfrido de las tinieblas» con que se personifica Fernando Vidal (16)—contrafigura del arcaico agonista—, el Fernando que tipifica para nuestra época las paranoias extremistas y persecutorias. Nietzsche expresamente se propone relatar el argumento de la tetralogía wagneriana, y lo hace con genial ironía:

... Wagner creyó ... haber encontrado en Sigfrido al típico revolucionario.

¿De dónde proviene todo el infortunio del mundo?, se pregunta Wagner. De «viejos pactos», se contesta, como ideólogo revolucionario que es. Simplemente de las costumbres, leyes, moralidades, instituciones; de todo aquello sobre lo que reposa el mundo viejo, la sociedad vieja. «¿Cómo se puede abolir la vieja sociedad?» Únicamente declarando la guerra a los «pactos» (tradicción, moralidad). Tal es lo que hace Sigfrido (léase Fernando y hay que cambiar poco o nada de la descripción). Empieza temprano, muy temprano: su nacimiento mismo es una declaración de guerra a la moralidad; llega al mundo por el adulterio, por el incesto. No fue la saga, sino Wagner quien inventó este rasgo de radical significación; en este punto Wagner revisó la saga.

Sigfrido continúa como empezó: meramente sigue su primer impulso; derriba todo lo tradicional, toda reverencia, todo *miedo*. Todo aquello que le disgusta merece ser herido de muerte. Sin el menor respeto aborda antiguas deidades. Pero su mayor empresa se encamina a *emancipar a la mujer*—«redimir a Brunilda (Georgina, Alejandra)». Sigfrido y Brunilda, el sacramento del amor libre, el surgir de la edad de oro, el crepúsculo de los dioses de la antigua moralidad—todo mal queda abolido.

Ya están la pasión y la idea central y primera, los principios generativos y cohesivos de la obra novelesca. Los héroes, conocidos e ignotos, orgullosos y humildes, virtuosos y perversos, trágicos, de su pueblo; la historia de peripecia que se vive y que gestará la por venir; la que vivieron los héroes ya embellecidos por el prisma del pasado, de la cual quedan aquellas tumbas; las quiebras que sobrevivieron de enteras estirpes, de las que quedan otras tumbas; el pasado acontecer, que gestó el que se vive. La historia hecha mito, y los mitos del mundo que nos rodea, que hay que arrebatar, y destilar, y sintetizar en el nuevo ser del pueblo, como Virgilio se apropió de los homéricos para sustituirlos por los suyos, para quince siglos que siguieron. Y ya empiezan a alinearse motivos y figuras y tópicos de leyenda, de entre los innúmeros que bajan de las apartadas ramas de un árbol milenario, inconfínable.

Y no será del inflado Wagner, de la intrincada trama de *El anillo de los Nibelungos* con sus burgueses dioses a los que traban complicadas

---

(16) Capítulo XXXIV de «Informe sobre ciegos».

leyes (del Wagner que también pertenece a la Buenos Aires de prestigiosa tradición operática)—no será de ese Wagner de donde bajen los emblemas y motivos. En todo caso ingresará esa idea interpretativa niterzscheana de un Sigfrido incestuoso, autodestructivo, terrorista, idea hecha símbolo que compone la alegoría de una involucionada y engegueda estirpe argentina: de entre la antigua y prodigiosamente heroica, pequeña nación hispano-anglo-criolla (17), aquellos en particular

(17) Para la comprensión de episodios de las novelas de Sábato —así como de ciertos cuentos de Borges— conviene esbozar aquel fondo histórico, anterior a la gran inmigración de ultramar de fines del siglo pasado. De la abundante literatura de viajeros ingleses, aquellos que en las primeras décadas del siglo diecinueve cruzan el territorio de la nueva república, lo hacen hospedándose repetidamente en primitivísimas haciendas —ya «estancias»— de rudos ingleses, escoceses e irlandeses (semejantes al Patrick Elmstreet que castellaniza su nombre y funda el linaje de los Olmos en *Héroes y tumbas*). Del ejército de cerca de 10.000 hombres que —luego que Inglaterra hubo conquistado la holandesa África del Sur— trató de apoderarse de Buenos Aires a continuación de Montevideo en la segunda invasión inglesa (1807), un tercio fue aniquilado por la población civil de esa pequeña capital del virreinato español más pobre y desguarnecido; de los restantes que se rindieron, la mayoría de los irlandeses y no pocos escoceses renegaron de su lealtad anterior quedándose aventureramente en esa despoblada región, que en aquellos años sería mucho más «de fractura» de lo que pudiera serlo ahora. El Patrick-Patricio de *Héroes y tumbas*, que se quedó en la primera invasión (1806), debió ser escocés, «inglés» como todos los de las islas para los criollos de aquella época, pues el «famoso 71» de los cuentos del «abuelo» Pancho es el de *highlanders* (entre los que abundaban los católicos) que se había distinguido en la lucha contra Napoleón. Todavía en la más reciente época intermedia que da asunto al *Martín Fierro*, cuando ya ocurría la primera ola inmigratoria —de la Italia septentrional—, los que por buenos jornales cavaban zanjas en la pampa —el «inglés sanjador» del poema—, porque los escasos gauchos a mano no lo hacían ni por una fortuna, eran escoceses e irlandeses, y de acuerdo al distraído testimonio de Hernández —en ese libro tan tendencioso en lo tópico como poético en lo universal—, a un inglés (y a un recién llegado «papolitano») podía alcanzarlos la cruel e injusta leva tanto como al gaucho que se puso a cantar. Sábato —como Borges (al que argentinamente le tocó una abuela inglesa)— en su ficción ha dado vida a la a menudo olvidada, primera, llana síntesis anglo-criolla, no sólo en su Olmos y la mención de los Reinafé (Queenfaith) y otros nombres típicamente castellanizados, sino —más documental— en la lectura que hace Bruno Bassán (hijo de veneciano), al final de *Abaddón*, de las inscripciones sepulcrales del pampeano pueblo «Capitán Olmos» —entiéndase el mismo Sábato en el cementerio de su pueblo natal Rojas. Hay que distinguirla como primera síntesis, que alcanza a aquellos que inmigraron por su cuenta en sucesivas generaciones de las islas, a diferencia de los que llegaron vinculados entre ellos como empleados de los ferrocarriles y demás compañías inglesas— cuyos hijos y nietos y hasta biznietos, ya algo mezclados, son los «angloargentinos» que recientemente descubrieron las noticias televisivas internacionales y que en un 99 por 100, según la revista *Time* y las agencias norteamericanas, apoyaban la posición argentina en las Malvinas. Relativamente numerosos (llegaron a considerarse «the most numerous English colony outside the Empire»), lo cual no es de extrañar si recordamos que las inversiones inglesas en la Argentina, por un tiempo en este siglo, sobrepasaron las inglesas en el Canadá. La actitud que encuentra Sábato en su ancestral personaje Elmstreet (Olmos) que se siente insultado cuando le dicen inglés caería al pelo con lo que observé del origen escocés, pero Patricio Olmos asimismo se siente y pronuncia argentino, lo cual representa en el testimonio poético un fenómeno que está documentado y que Sábato como los demás argentinos conocen naturalmente de la realidad —aunque a veces contradictoriamente lo desconozcan en las fórmulas pseudosociológicas (como las del ensayismo de Martínez Estrada y el que lo vino repitiendo por algún tiempo), de inadvertido, paradójico cuño europeo. Los historiadores norteamericanos especialistas de lo argentino han reconocido con base de observación sociológica un solo aspecto importante —según ellos— en el cual la joven nación del Sur ha tenido más éxito histórico que los Estados Unidos: la extraordinaria facilidad del *melting pot*, del crisol de pueblos argentino cuando se lo compara con la esencialmente conflictiva interacción de los grupos étnicos europeos (para no hablar de actitudes raciales) en la gran nación del Norte. La sociología universitaria argentina, de alta calidad reconocida internacionalmente, coincide en sus observaciones.